

# LA BANDERA CARLISTA.

DIO'S

PATRIA.

REY.

## SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan también sin novedad en su importante salud.

### A MI PRIMO ALFONSO.

La actitud del presidente de la república de los Estados-Unidos, puede estimarse como preludio de una guerra, si no reconoces la independencia de Cuba.

De que España haya llegado á tal ignominia, responde la Revolucion que representas: sin ella no hubiera nacido esa rebelion parricida.

Reinando yo, jamás alcanzára fuerzas: que el legítimo derecho del que manda es el único que puede reformar sin imposiciones, ceder sin mengua, refrenar sin ira, gobernar sin pasion.

Pero se trata de la integridad de la patria, y todos sus hijos deben defenderla: que cuando la patria peligra desaparecen los partidos: solo quedan españoles.

Si la guerra llega á estallar, te ofrezco una trégua por el tiempo que dure la lucha contra los Estados-Unidos.

Pero entiéndase bien que la única causa de la trégua que te propongo es la guerra extranjera, y que mantengo incólumes mis derechos á la Corona, como la seguridad de ceñirla.

Mas allá de los mares carezco de territorio que dominen mis armas, y no puedo mandar á Cuba mis leales voluntarios; pero defenderé estas provincias y el litoral cantábrico; armaré en corso á los indómitos hijos de estas costas donde nacieron El Cano, Legazpi y Churruarín; perseguiré el comercio marítimo de nuestros enemigos, buscándolos, quizá, hasta en sus mismos puertos.

En el caso de guerra extranjera, ¿aceptas la trégua que te ofrezco? Nombremos entonces representantes que la regularicen. ¿La desechas? Será testigo el mundo de que la España católica ha cumplido hidalgamente con su deber.

¿Preferes demandarla al enemigo que te amenaza? Humíllate en buen hora; quizá alcances respiro momentáneo; pero en breve te suscitará buscados conflictos, y se perderá Cuba para la patria, quedándote la deshonra de haberte humillado, y la vergüenza de haberte humillado inútilmente.

Tu primo,—CARLOS.

Durango 9 de Noviembre de 1875.

## SECCION NO OFICIAL.

### AHÍ ESTÁ.

La carta del legítimo Rey de España á D. Alfonso de Borbon ahí está: la monarquía liberal no ha tenido valor para publicarla sino corrompiendo el contenido, y nosotros publicamos su texto oficial en otro lugar de este número.

La insensatez liberal creyó, al ser anunciada tal misiva, que D. Carlos sabe envilecerse pidiendo vergonzosa paz: se abrió la carta, y el despacho apoderóse de todos los liberales. De ahí los groseros dictérios, las soeces injurias, y palabrotas de taberna que todos los periódicos desde *La Epoca* hasta *La Correspondencia*, lanzaron contra la persona de S. M.: dictérios, injurias y palabrotas que por su hediondez repugnante únicamente pudieron ser recogidas en las pestilentes columnas de *El Imparcial*.

«De seguro que no creeria D. Carlos, al entregar la carta, que iba á conseguir una cosa que nadie habia podido lograr hasta el presente, y es el haber puesto de acuerdo todos los periódicos en una cuestion.» Así habla el diario de la plaza de Matute; y él, lo mismo que sus dignos colegas, de seguro no creian que al soltar la estúpida carcajada de que *La Epoca* habló, iban á conseguir una cosa que nadie ha podido lograr hasta el presente, y es el haber puesto fuera de discusion que para la prensa liberal no hay mas que una legislacion posible: la legislacion de presiños, la legislacion de la canalla.

Y no importa que *La Epoca* vista corbata blanca y estirado guante; no importa que *El Imparcial* use democrática levita; no importa que *La Correspondencia* luzca achulado traje: nada importa; á la canalla liberal pertenece lo mismo el que ciñe corona, que el que luce entorchados, que el que viste chaqueta, si la bajeza, la ruindad y el mal proceder son la norma de su conducta.

Y tal ha sido la de ese gobierno que no juzgó conveniente la íntegra publicacion de esa carta, y decente creia permitir que de ella se hablara sin conocerla.

Tal ha sido la conducta de esos escritorzuuelos, eunucos de la inteligencia, que al ocuparse de tal documento dan evidentes señales de su crasa ignorancia, olvidando que no merece fé alguna todo escrito que, como aquel, se presenta mutilado el texto.

¡Bajeza insigne la de D. Alfonso, que, tomando en serio su corona de burla, no ha escuchado la voz del honor por atender á los ecos de un criminal amor propio! Mas... ¿qué ha de entender de honor quien vende el de su madre por un trono de comedia?

Hé ahí por qué la canalla liberal ha intentado arrojar el ridículo sobre la carta del Rey católico: quisieron reírse de lo que no entendían, y el sentido común es quien de ellos se ha reído.

Por eso *La Voce della Verità*, que suele repetir los ecos del Vaticano, ha reconocido el patriotismo de Carlos VII, y asegura que si la integridad nacional estrechara á D. Alfonso, debería haber aceptado la proposicion verdaderamente española de su primo: ó mas bien, hubiera debido no interrumpir sus lentos, pero seguros progresos, saliendo de Berlin para Madrid, adonde no le llamaba sino la voluntad del mayor enemigo de la unidad católica, tan querida á España, y un puñado de viles pretorianos sublevados en sagunto.

Por eso la *Nazione*, diario liberal de Florencia, no puede menos de confesar que «en este asunto no puede



negarse que brilla un destello de patriotismo que honra al Pretendiente. Es un rasgo de caballerosidad que que podría hallar honrosa cabida en alguno de los cantos de Luis Ariosto.»

Tal es la voz del sentido común: tales son los ecos de las gentes honradas.

Quédese para esa turba de bellacos que hormiguan en las antecámaras ministeriales, ó embadurnan cuartillas en las redacciones de los periódicos liberales, ó se alquilan á alguro de estos para engañar al vulgo de sus lectores; quédese para ellos decir, entre estúpidas carcajadas, que D. Carlos realiza lo del portugués que se estaba ahogando y ofrecía protección al castellano; ó bien que aconseja á su primo le deje libre el palacio de Oriente para él ocuparle: quédense todas estas vulgaridades para gentes de ese jaez.

La España carlista sabe, lo mismo que lo sabe don Carlos, que al ofrecer el Rey legítimo esa tregua á su primo, lo ha hecho porque podía y debía.

Puede dar esa tregua quien, como el verdadero Rey de España, nada puede temer del tiempo, y sabe que el puñado de héroes que acandilla supo dejar tendido en el campo al único genio militar de los liberales, el general Concha; y tampoco ignora que sus voluntarios son de la raza de aquellos que el 16 de Mayo de 1837 deshicieron á Lacy Ewald, tras de haber derrotado á Sarsfield, obligando á Espartero á encerrarse en Bilbao, haciendo así fracasar el plan envolvente del gobierno liberal. Entiéndalo bien los alfonsinos; porque no cuentan con el genio de Concha, ni con el prestigio de Espartero, ni con el espíritu liberal del soldado en 1837, es por lo que el Rey D. Carlos, nada teme de ese último alarde de fuerza que quiere hacer la monarquía alfonsina; y porque no le impone, nada tampoco teme del tiempo; por eso ha podido proponer esa tregua.

Mas no solo pudo, sino que ha debido ofrecerla. Don Carlos VII, que comprende muy bien los deberes del lema que ostenta su bandera, sabe que antes del Rey es la patria; y su magnánimo corazón ha pospuesto su interés personal al honor de la España querida. Rey católico, no puede permitir que la pérdida de Cuba empañe el brillo de su corona: Quédese tal baldon para aquellos que por hacer triunfar en España al liberalismo consintieran en perder nuestras colonias americanas; quédese tamaña afrenta para el infeliz jóven que á trueque de ceñirse una corona de talco no titubó en prolongar la guerra ultramarina apoderándose traidoramente del poder, cuando los hombres que le tenían iban á caer rendidos á los pies del partido carlista, único partido que hubiera salvado á la mejor de nuestras antillas!

Pero... ya es tarde! Piérdese Cuba, y la carta del Rey D. Carlos á su primo Alfonso, será la prueba que guardará la historia para añadir tal ignominia á la ignominiosa usurpación del hijo de doña Isabel.

## ASFIXIA.

### IV.

¿Quién tendrá suficiente descaro para negar que don Alfonso es digno de la mas tierna compasión? ¿Quién que tenga humanas entrañas no esclamará, al ver como le ha hecho el liberalismo: ¡pobre jóven, desdichado mozo! ¡qué delito has cometido para que tan triste sea tu sino? ¡Pobre D. Alfonso! ¡Pobre D. Alfonso, sobre toda ponderación!

Cuenta la fama, que él sabe que al poco tiempo de su llegada á Madrid, una voz del pueblo así cantaba:

«Rey de la turba que á tu madre envía

A infamante destierro,

El cetro que te dió la rebeldía

Es de su marca el hierro.

Si era verdad lo que de tí oí contar

¿Por qué llevas corona?

Y si á tu madre infames calumniaron

¿Por qué el rey les abona?»

¡Infeliz D. Alfonso! Hé ahí un dilema, que no por estar en verso pierde su aterradora lógica. Hé ahí un metro que dá la medida de la monarquía alfonsina.

No volvamos la vista atrás, por no encontrarnos con el abismo de miserias que Basilewski encerraba; no volvamos los ojos, porque ellos no remuevan nuestro estómago al ver el vasto piélago de inmundicias que arrastra consigo la revolución de Setiembre; pero recordemos que ese fué el áspero camino que hubo de atravesar D. Alfonso para llegar al alcázar de sus abuelos.

Mas está el negro daño en que las llaves del alcázar estaban en manos de Serrano, Sagasta, Ayala, Romero Robledo, Cánovas, y cuantos poco ó mucho, directa ó indirectamente habian deshonrado á la dinastía de doña Isabel: eso ¿qué importa? Cuando mas empeñado estaba en *aprender á ser hombre*, recibe D. Alfonso la buena nueva de haber sido aclamado en Sagunto por Martínez Campos, gracias á «la influencia ciega de batallones seducidos»; lo sabe; y sin esperar á que «unas Cortes que representen el voto legítimo» de la nación le aclamen, como hizo Leopoldo de Bélgica; sin exigir que una comisión de notables le certificara de la voluntad nacional, como Maximiliano de Méjico; toma el tren para Marsella, se embarca en este puerto, y pisa tierra de España, sin su madre, sin su padre, sin sus hermanos, que quedaron atrás sufriendo el rigor de la proscripción.

También es fama que el nieto de Fernando VII sabe que de él ha cantado el pueblo:

«¿Es tu madre, y no puede ella á Castilla

Volver, ni á sus hogares?

¿Y llaman rey al hijo que mancilla

Los sacrosantos lares?»

¡Desventurado el hijo que al leer esas palabras le estas otras en su conciencia: *¡Eso es la verdad!* Pero es aun mas desventurado el que, para no leerlas, las cubre con la púrpura real.

Desdichado fué D. Amadeo ¿quién le duda? Pero él dejaba tras sí á su padre con la Corona sobre las sienes; él fantaseaba oír la voz de la nación que 191 caballeros habian usurpado; él podía habitar el régio alcázar rodeado de amante familia; él pudo llamarse rey por la gracia de la Constitución.

Mas ¡oh desventura de D. Alfonso! A él no le es dado llamarse rey sino por la gracia de Martínez Campos; él no puede invocar la representación legal ni de 191 ni de media docena de caballeros: él, en fin, no puede ser rey de la revolución de Setiembre sin divorciarse de la madre de sus entrañas. ¡Qué desgracia la de D. Alfonso!

Y, sin embargo, en todo eso nada hay que mancille su alma. Lo que sí la enlodazó, lo que sobre ella arrojó mancha indeleble es el abrazo que hubo de dar á los infamadores de su madre; para que le dejaran entrar en el palacio de Oriente.

El 5 de Enero último, decia al telégrafo, para que se lo contase á Cánovas: «nadie como V. E., al que tanto debo, puede interpretar mis sentimientos»; y el pobre D. Alfonso no se acordaba que este *apoderado y intérprete* suyo, hacia veinte años que habia promulgado en Manzanares la deshonra de doña Isabel, cuando escribiendo el programa de los insurrectos de Vicávaro, dijo á la faz de la nación: «nosotros queremos la conservación del trono, pero sin camirilla que lo deshonor». El pobre D. Alfonso olvidaba que ese mismo caballero fué quien guardó silencio, cuando un ministro cuyo nombre en la tierra de la hidalguía se ha de dar al olvido, pronunciaba en las Cortes constituyentes esta deshonrosa acusación: «Las alhajas de la corona han sido robadas, y robadas de la manera mas escandalosa, porque que puede decirse que ha sido un robo doméstico. Han desaparecido de España por do: personas cuyos nombres están en vuestra boca, por doña María Cristina de Borbon y por doña Isabel de Borbon». Al oír tamaña insulto una voz carlista protestó indignada, y el señor Cánovas no tuvo una sola palabra para defender á la madre de su poder-dante D. Alfonso de Borbon, sino al dia siguiente en que se levantó á pedir la palabra por



que se creyó aludido personalmente; y ya empeñado en la lucha, tras de declarar que no era alonsino; tras de tratar con marcada indiferencia á «la otra persona que todo lo tiene perdido y ninguna esperanza puede albergar del otro lado del Pirineo,» como él decía; paladinamente confesó que *entró por fuerza* en el debate que tenía por objeto consignar si doña Isabel de Borbon era ladrona ó no. Tal es el pro-hombre de la restauracion alonsina. ¡Asigne caballero! Pero aun los hay muchos insignes.

¿No está ahí el Sr. Romero Robledo, que en premio de anunciar á España que «la dinastía de los Borbones había concluido, siendo el fanatismo y la licencia el sino de su vida privada,» luce hoy el uniforme de ministro en la casa de Alfonso de Borbon, descendiente de esa infamada dinastía?

¿No está ahí el Sr. Ayala, que en gracia de haber anunciado al pueblo de Madrid que la «dinastía derribada en 1868 tuvo la desgracia de hacerse incompatible con nuestra honra,» goza hoy la poltrona ministerial como si tal incompatibilidad hubiera ó como si D. Alfonso descendiera de los moros de Granada?

¿No está ahí Serrano, hoy reconocido capitán general del ejército alonsino?

¿No está ahí Sagasta, ayer comensal del hijo de doña Isabel de Borbon?

¿No está ahí Lorenzana, el del reinado de lo instable y de lo siniestramente misterioso,» siendo no hace mucho embajador de D. Alfonso á pesar de su instabilidad y de sus misterios?

¿No está ahí Coello, que en 1817 hubo de dejar la dirección de *El Faro* á causa de un suelto atrevidísimo é injuriosísimo contra la vida privada de la entonces joven doña Isabel,» y hoy luce el uniforme de embajador alonsino?

¿No está ahí Escobar, hidalgo caballero, que consentía ayer que en su periódico se publicaran discursos en que D. Alfonso era infamado como «bastardo de la desposeída Isabel,» y ahora recibe grandes cruces y se sienta á la mesa del infeliz joven escarnecido?

¡Digan ahora nuestros lectores si no es insignie por su degradación esa turba de caballeros! Pues ellos son los príncipes del reino de Alfonso de Borbon y Borbon.

Mil veces lo repetiremos: ¡Desdichado sobre toda ponderación es D. Alfonso! ¡Desdichado! porque en los libros sagrados se registran estas horribles palabras, que hace cuatro mil años siniestramente resonaron en la cumbre del monte Hebal: «¡Maldito aquel que no honra á su padre y á su madre!» ¡Desdichado! porque Saavedra Fajardo dice del Rey que «si en los principios perdiera la buena opinion, no la cobraría fácilmente después. Lo que una vez concibiere el pueblo de él siempre lo retendrá.» Lo que el pueblo español haya concebido acerca de D. Alfonso, no necesitamos decirlo nosotros: lo dicen sus ministros, lo dice su corte, lo dicen sus padres, que aun pisan tierra extranjera: pero, mejor que todo esto, lo dicen sus hechos.

El 1.º de Diciembre de 1874, esto es, veintiocho dias antes de ser proclamado por Martínez Campos, y en el tiempo mismo en que aseguraba no saber «cuando ni cómo se realizaria esta esperanza, ni aun si se debía realizar,» hablando con sus parciales así decía: «No hay que esperar que yo decida nada por mi mismo de una manera arbitraria. Los principes españoles no han resuelto nunca sin Cortes los asuntos difíciles de la nación.» ¿Será que D. Alfonso, en la inesperienza de sus pocos años, haya juzgado asuntos de escasa importancia la cuestion religiosa, la de enseñanza, la organizacion de la familia, el orden de sucesion á la Corona y la cuestion de Hacienda? Pues sin Cortes ha legislado, sobre cada una de esas trascendentes cuestiones, con la misma soltura que pudiera hacerlo el Czar de Rusia.

Así ha comenzado á cumplir sus promesas: así le han enseñado á sostener la dignidad de su Corona. Mas esto es poco.

Presentóse en Enero frente á nuestro invencible ejército, y sus torpes ministros le hicieron decir estas palabras:

«Si ha sido la fé religiosa la que ha puesto las armas en vuestras manos, en mí teneis ya un Rey católico

como mis antepasados, y en todas partes recibido por los Cardenales y los mas piadosos prelates, como el reparador de las injusticias que ha experimentado hasta aquí la Iglesia, y «una de sus mas firmes columnas en lo porvenir.»

¡Pobre joven! se olvidaba de que á los diez y ocho años nadie es *fiere columna* de nada; y al mismo tiempo no sabia que en breve habíamos de ver los católicos los escándalos dados con la circular de la Nunciatura en que se reclamaba esa unidad católica que no puede él dar, y por la cual combaten y mueren nuestros hermanos en los campos de batalla!

Así le ha puesto en ridículo el liberalismo, á quien entregó su honra.

No hacia tres meses que en Lúcar corriera presuroso ante nuestras bayonetas, cuando, dirigiéndose á su digno y nuevo servidor Cabrera, tras de asegurar, con mengua de la verdad, que «la monarquía constitucional que él representa encierra en si los tres principios históricos de Dios, Patria y Rey,» falta á su propio decoro, injuria gravemente á su raza, y calumnia descaradamente, cuando al hablar del legítimo rey le llama «príncipe extranjero que ensangrienta y devasta el pueblo español.»

¡Ah, desdichado príncipe, nada tiene de extraño que llameis *extranjero* á vuestro primo, y además le calumniéis, cuando á vuestro lado teneis, y sentais á vuestra mesa, y conversais como entre camaradas, y estrechais la mano, y llamais amigos á los que os deshonraron con la pública deshonra de aquella señora infortunada que os dió el ser!

¡Ah, D. Alfonso de Borbon y Borbon, que al hablar así no os acordásteis que el Rey legítimo de España se llama D. Carlos de Borbon, y es biznieto de vuestro mismo bisabuelo Carlos IV!

¡Ah, desventurado D. Alfonso, que al calumniar á vuestro augusto primo no sabiais que de allí á poco tiempo el que habia de *devastar y ensangrentar* á la patria érais vos, con vandálicos decretos que ordenaban el incendio y el pillaje en la tierra hidalga de la libertad! ¡D. Alfonso de Borbon! ¡D. Alfonso de Borbon! ¿No es verdad que os arrepentisteis de esas palabras, y vuestro semblante se tiñó ligeramente de los colores de la vergüenza, al escuchar esta amorosa reconvenccion de los labios de nuestro Rey: «Los que te aman sinceramente se aterrarán al ver que se hace de tu nombre *bandera de desolacion*; y tú mismo, cuando te encuentres á solas con tu conciencia, te espantarás al considerar que siendo de la raza de Luis XVI, has podido, involuntariamente, recordar con tus decretos la raza execrable de sus verdugos!»

Tal es D. Alfonso, retratado en el tristísimo estado en que el liberalismo le puso; pero... decimos mal: aun falta el último rasgo.

D. Carlos Marfori, que en plena revolucion pudo vivir sosegado en Loja, no ha podido fijar el pié en España cuando habitaba el palacio de Oriente el hijo de doña Isabel de Borbon, y sin procedimiento jurídico, sin otra causa que ser D. Carlos Marfori, el Consejo de ministros, compuesto de aquellos hombres que en 1868 declararon que «la dinastía caída era incompatible con nuestra honra, sin duda porque el fanatismo y la licencia eran el sino de su vida privada,» lanzó contra el servidor de doña Isabel el anatema de la deportacion; y ese Consejo de ministros no le presidia Serrano, ni Prim, ni Topete, ni Sagasta, ni Ayala, ni Romero Robledo; ¡ese Consejo de infamia le presidió D. Alfonso de Borbon y Borbon! Así aquellos ecos de difamacion que contra la augusta hija de Fernando VII lanzaron el populacho de las calles y el de la prensa siete años há, recibieron la sancion real en el alcázar de nuestros reyes, de boca del hijo desdichado de la augusta y desgraciada doña Isabel de Borbon. ¡Horrible y repugnante cuadro, que no seremos nosotros quienes le den colorido!

Tales son los hechos del joven príncipe que se llama rey de España: ¿no son harto elocuentes para que el pueblo español le conozca? Por eso nosotros nada mas añadiremos sino esta pregunta: ¿no es verdad que al abrazar D. Alfonso á los inamadores de su desventura-



da madre, enlodazóse el alma, que era lo único que puro conservaba?

Pues así enlodazado, y sureando el mar de inmundicias de la revolución de Setiembre, y saltando el abismo de miserias de Basilewski, pudo solamente llegar al palacio de Felipe V el infeliz hijo de doña Isabel de Borbon.

¿Qué diremos nosotros ante tan tristísimo cuadro? Diremos que esa Corona así manchada no es la de España; que ese cetro convertido en caña no es el de Castilla; que ese sálío así profanado no es el de San Fernando; eso, todo eso no es más que la justicia de Dios condenando á la esterilidad y al envilecimiento al corrompido liberalismo. ¡Paso, pues, á la justicia de Dios, que así burla la soberbia de aquellos á quienes Donoso Cortés dijo un día: «Yo vengo á pedirlos que apartéis de vuestra reina y mi reina la especie de maldición que pesa sobre su raza!»

## SECCION DE NOTICIAS.

Tomamos de *El Cuartel Real* las siguientes noticias:

«S. M. el Rey asistió el domingo en Zorzoza á la misa solemne del último día del novenario que se ha celebrado en aquella parroquia por el descanso del alma de su primo, el malogrado conde de Gurowski, marqués de Bondad-Real. Acompañaban á S. M. cuatro tenientes generales, cuatro mariscales de campo, un brigadier y la casa real.

Después de la misa, S. M., con su comitiva, se dirigió al campo santo, y rezó sobre la tumba del que fué á su lado, desde el principio de la campaña, impercedero ejemplo de abnegación y lealtad.

—«Tan quebrantada, tan estinguida está la rebelión carlista en Cataluña, dice *La Epoca*, que el general Martínez Campos tiene autorización para venir á Madrid cuando lo considere conveniente.»

Justo: tan quebrantadas y tan estinguidas están allí nuestras fuerzas, que el general Castells ha dado ahora en la manía de coger á cientos los prisioneros alfonosinos.

Y tan quebrantados y tan estinguidos estamos también en el Norte, que derrotamos á Quesada en La Población, y arrancamos del mismo Pamplona un par de locomotoras, como si fueran un par de carneros.»

El estado de la administración de la Isla de Cuba no puede ser mas desdichado. Hacia cuatro meses que no se pagaban los sueldos á las clases civiles por falta de fondos. En cambio había llegado el Sr. Rubí con un pingüe sueldo, el que se pagará, como los 17.000 pesos que cobra el capitán general por sueldo, gratificaciones, etc., que en oro, y en los primeros días, percibe todos los meses.

La desmoralización raya á la mayor altura; nos dicen que no parece sino que se ha dado el grito de «¡Salvese el que pueda,» pues todo el mundo roba escandalosamente.

Entre los pocos refuerzos que de la Península le habían mandado, que escasamente era la tercera parte de los que se ofrecidos, han llegado 800 prisioneros carlistas, que fueron desembarcados entre bayonetas á insuñados en las calles por la chusma de color, que naturalmente no le son simpáticos los españoles. A estos prisioneros se les obliga á tomar las armas, y por pelotones se les manda á los batallones, robándoles el premio del reenganche, que allí se dá á todo soldado, pues se cobra al país y no se dá al prisionero.

Entre los 800 prisioneros escogidos y reconocidos para que vayan á morir en la Habana, iban sobre 300 que lo estaban en el concepto de heridos, cuya circunstancia no ha sido obstáculo para atropellar todas

las leyes de la guerra. También se ha incluido como soldados á muchos oficiales. La lealtad castellana ha huido ya de la patria de los liberales.

Gran chasco recibió la gente adicta á la situación Saguntina, cuando conoció en parte la carta patriótica de nuestro Rey, que trajo para el suyo, el ayudante de órdenes Sr. Zubiri. Nosotros, no obstante los anuncios intempestivos é impertinentes de la ofensa y prostituida *Competente*, nos reíamos desde el fondo de nuestro corazón, del mico con que se iban á encontrar, porque conocemos la dignidad é hidalguía del verdadero Rey y de nuestros hermanos.

Doña Isabel debe de estar agradecida á las deferencias del gobierno de su hijo. El día de su santo se aplicó á su hija el recuerdo, sin citarla para nada en esta variación de la nueva gala.

En el depósito de aventureros y traidores de Avila parece que se ven buenas cosas. Salen la mayoría de los documentos que presentan falsos, y muchos de los individuos no han llegado á prestar servicio en el ejército real. Sabemos de algunos que eran empleados civiles del gobierno revolucionario, que fueron declarados cesantes á la venida de la nueva situación, y con sus credenciales se marcharon al campo carlista, piñiendo servir en las filas; se les dieron sus despachos, y al mas se presentaron al cónsul de Bayona, y andan por la Puerta del Sol dándose importancia y cobrando la mitad del sueldo de empleos que no han servido.

Esto, que lo sabe el gobierno, y que como gancho le permite, parece que vá á tener su término, suspendiendo el abono de sueldos á estas clases, ínterin que resuelve la situación legítima de cada uno, que no llegará, ni con mucho, á las ilusiones que se han forjado la colección escogida de perdidos que se ha agarrado á la traición para su medro personal.

Sagasta pide justicia para las elecciones. Se olvida de las partidas de la *Porra* y de aquellos dos millones incautados.

Es una delicia la *monarquía* que se nos quiere imponer. Los constitucionales la acatan si les dan el mando, y Serrano asegura que sin él y su pandilla no tendrá éxito la deslealtad de algunos generales que, en una pequeña parte del ejército se insubordinó en Sablita.

Esto es testual, y dá la razón á aquel refrán que dice «para verdades el tiempo,» etc.

Es sabido que las monarquías á la moderna tienen vida efímera, dígalos D. Amadeo I; su segunda parte durará menos.

No es posible la farsa, solo la verdad es la que tiene la fuerza de la lógica.

*La Paz*, de Nombela y Caso no parece; los fondos que les habían ofrecido no llegan, y, sin embargo, ellos gastan y viven bien, pagando cuentas a rasgar. Al primero le dió para vivir algun tiempo *La Margarita*, con la que explotó la buena fe y cariño de las señoras legitimistas; el otro explotó á la *Peninsular*, de la cual sacó algunos cuartos, que sin duda no fueron bastante para pagar sus muchas trampas.

Si esperan dinero de su patrono para publicar el periódico, aunque este sea de los tres millones que le dió el gobierno, pueden desistir de su idea, porque aquel personaje agarra cuanto puede y luego dá las cuentas del Gran Capitán.